

Lecturas del Domingo 6º del Tiempo Ordinario - Ciclo B

Domingo, 11 de febrero de 2024

Primera lectura

Lectura del libro del Levítico (13,1-2.44-46):

El Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca la lepra, será llevado ante Aarón, el sacerdote, o cualquiera de sus hijos sacerdotes. Se trata de un hombre con lepra: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El que haya sido declarado enfermo de lepra andará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: "¡Impuro, impuro!" Mientras le dure la afección, seguirá impuro; vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.»

Salmo

Sal 31,1-2.5.11

R/. Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación

Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor
no le apunta el delito. **R/.**

Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. **R/.**

Alegraos, justos, y gozad con el Señor;
aclamadlo, los de corazón sincero. **R/.**

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (10,31–11,1):

Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo a los judíos, ni a los griegos, ni a la Iglesia de Dios, como yo, por mi parte, procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propio bien, sino el de la

mayoría, para que se salven. Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,40-45):

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme.»

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio.»

La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.

Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.»

Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo, se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.

Comentario a las lecturas.

No podemos imaginar lo que significaba la lepra. Hoy sabemos que no es contagiosa, al menos, tanto como se creía en la antigüedad. La prudencia aconsejaba que el enfermo se marchara del grupo, y esta marginación social incluía, además, una marginación religiosa: el enfermo era declarado impuro. Se le privaba de la salvación, porque la enfermedad era causada por alguna culpa, y eso significaba que el enfermo era un pecador.

En realidad, la enfermedad siempre tiene algo de marginación. Hasta las más leves, como una gripe, nos pueden dejar “fuera de combate”. Nos impide trabajar, nos hace débiles y dependientes, reduce nuestra libertad. Es verdad que, gracias a Dios, las enfermedades no se consideran ya ni maldiciones ni castigos divinos. Pero nos enfrentan con nuestra debilidad y con la fragilidad de la vida. La reciente pandemia del covid nos lo ha recordado a toda la humanidad. El enfermo, físico o psíquico, por culpa propia o ajena, o por pura casualidad, es alguien que está al margen y que para sobrevivir necesita pedir, incluso suplicar. Con esa situación de necesidad nos podemos sentir todos identificados.

Pablo nos recuerda una realidad que, a veces, la sociedad competitiva y de éxito en la que vivimos olvida. No siempre debemos hacer todo aquello a lo que tenemos derecho (cfr. Rom 15, 1). A veces, por amor, tenemos que dejar de ejercer nuestros propios derechos. Cargar con el peso de los débiles.

Pablo quiere cerrar el debate sobre si es lícito comer la carne sacrificada a los ídolos. Se ve que, como ahora, había distintas sensibilidades. Para unos era solo carne; para otros era una blasfemia. Pablo entendía que esta pregunta podría ser un motivo de cisma en la naciente Iglesia. Por eso apela a las conciencias, para que le imiten a él, que procuraba “*contentar en todo a todos, no buscando mi propio bien, sino el de la mayoría, para que se salven.*” Con otras palabras,

reír con los que ríen, llorar con los que lloran, estar siempre pendiente de anunciar la Palabra y dejar las cosas que son menos importantes en un segundo plano. Si uno puede comer esa carne, que la coma. Pero si puede ser motivo de escándalo para otros, mejor abstenerse.

El Reino de Dios llegó de verdad para el leproso del Evangelio. Jesús no sólo habla con él, sino que toca su piel, para curarlo. No sólo le devuelve la integridad física, sino que le devuelve al seno de la comunidad. A costa de contaminarse Él mismo, según la ley de los judíos. De esta forma, limpia lo que es impuro, y declara que no hay nada que nos aparte de Dios si somos capaces de ponernos en sus manos y suplicarle.

Contemplando al leproso que suplica su curación, podemos volver la vista a nuestro mundo y a nosotros mismos. Hoy la lepra no es una enfermedad preocupante, pero existen otras formas de lepra, física, moral, ideológica, espiritual..., que producen marginación y también hacen sufrir, nos separan de los otros. ¿Qué leproso hay en nuestra sociedad? ¿Cuáles son mis propios leproso? Como a san Francisco de Asís, quizá nos haga falta un roce con uno de esos leproso, para cambiar nuestra forma de ver las cosas.

Hermanos templarios: ¿Podemos sentir lástima, compadecernos de los sufrimientos de los otros? Quizá tengamos diversos grados de compasión, algunos hechos nos afecten más que otros. El ejemplo de Jesús nos recuerda que la compasión está bien, pero no es suficiente. Nos debe mover a la acción, a mancharnos las manos, a traspasar esas fronteras y, como san Francisco, atrevernos a besar al leproso. En otras palabras, hacer el bien, por amor al prójimo. Sin buscar nada a cambio, solo que Dios sea conocido, amado y servido por todos.

NNDNN

✠ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que "La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente".
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que "tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza", recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.
Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.
Amén.***

Versión en Latín:

***Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.
Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.
Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et
nos dimittimus debitoribus nostris.
Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.
Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc et
semper et in saecula
Amen***

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que "ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María", rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo (inspiración) ten piedad (expiración).

Larga Vida Al Temple